

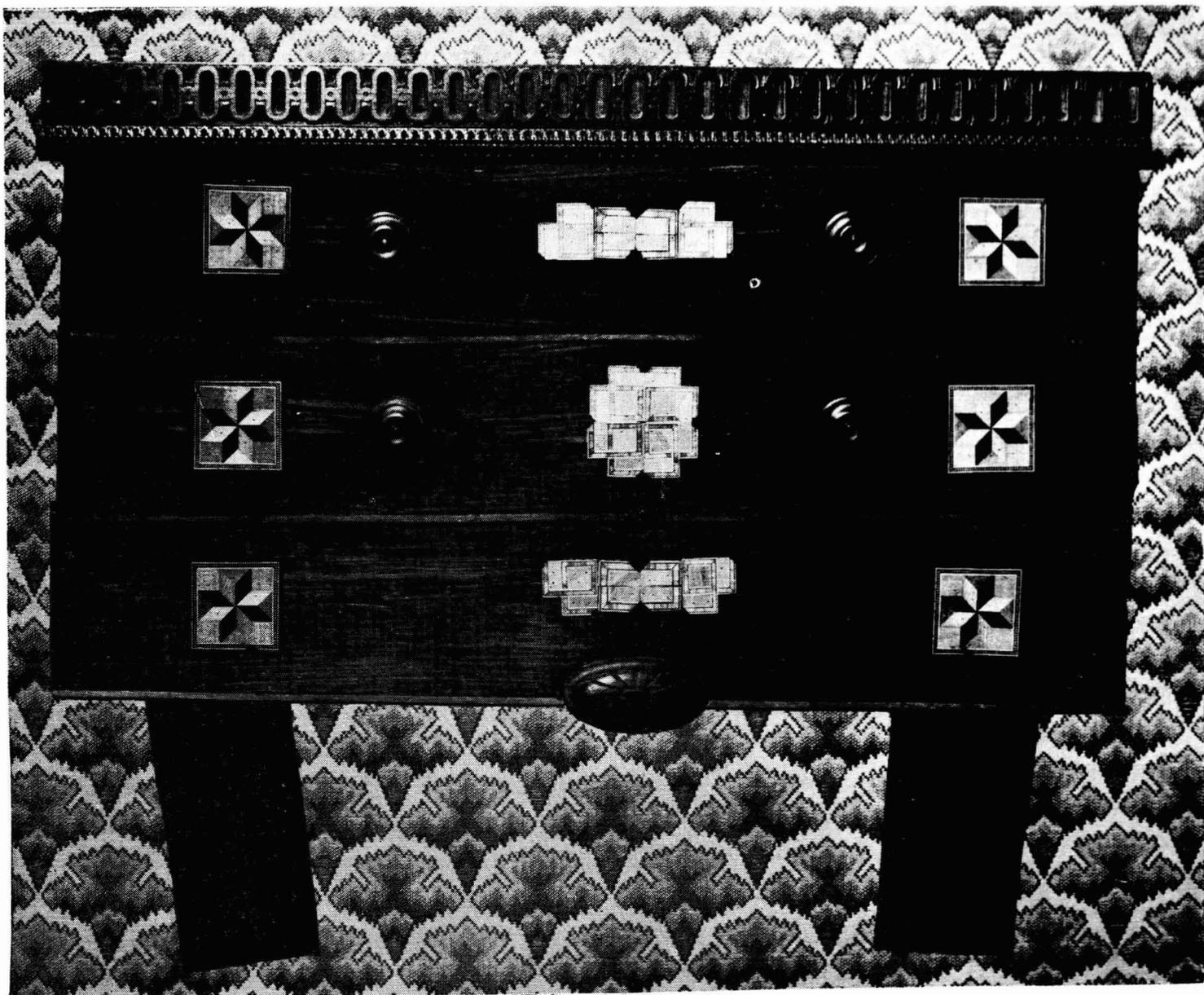
Los muebles de Enrico Baj*

Por Octavio PAZ

El "collage" (y los procedimientos afines) es una de las conquistas del arte moderno; y aún podría agregarse que es su novedad más significativa: no pintar las cosas sino *con* las cosas. Apenas escrita esta frase, debo desmentirla: el "collage" es una novedad que tiene más de cinco mil años y quizá es más antiguo que la pintura misma. Su aparición en el arte de nuestro tiempo es tan desconcertante como lo sería el descubrimiento del fuego en la época de la energía eléctrica. Sólo que no se trata de producir la chispa por el frotamiento de dos piedras o de dos palos de madera seca: basta crear un espacio en el que convivan materias antagonistas y que *no* sean combustibles. Si jugar con fuego es de locos, ¿qué decir de esta pretensión de los artistas modernos? Procedimiento que participa de la artesanía más humilde y de la invención poética más osada, de la paciencia y de la inspiración, el "collage" es un desafío al buen sentido; su novedad es prehistórica y sus propósitos contradictorios: crear con las cosas de todos los días algo que no se parezca a cosa alguna, hacer con los deshechos una hechura insólita. Novedad y antigüedad, familiaridad y extrañeza, el "collage" es un objeto vertiginoso. Y fue esto — el vértigo, la fascinación ante su ambigüedad — lo que sin duda ha llevado a Enrico Baj, desde hace varios años, a entregarse tan enteramente a este arte.

*Prólogo del *Catálogo de la Exposición Muebles "Collages" de Enrico Baj*, en la Galería Schwarz (Milán, 1961).

Para Baj la tentación era doble. Por una parte, el amor a la materia por la materia misma, el gusto de ordenar o dispersar en un espacio nuevo los elementos heterogéneos que nos ofrece la realidad diaria; por la otra, la necesidad imperiosa de inventar e ir más allá — la atracción por lo desconocido. Doble peligro: complacerse en la factura, quedarse en esa zona que colinda entre la artesanía y el arte, la inspiración y el buen gusto; y en el otro extremo: sacrificar los valores plásticos al hallazgo, deslizarse del humor al chiste, de la imagen al juego de palabras. Habilidad de artesano o ingenio de literato. Con una ligereza que no excluye la gravedad, Baj ha sorteado ambos obstáculos. Y los ha sorteado de la única manera posible: sin esquivarlos, a pecho descubierto. Igualmente lejos de las furias españolas, las especulaciones francesas y los delirios germánicos, ha dado a sus obras un carácter inconfundible, que se me antoja llamar italiano. (Ya es hora de recordar que si los estilos modernos son internacionales no lo son el temperamento, la visión y el acento de cada artista.) Y digo italiano no sólo por la elegancia y la nitidez de la composición sino por su gracia, en el mejor sentido de la palabra: algo que ha sido creado con medios casi invisibles, de poco peso e inmenso poder. Aire y luz. Estas cualidades son la mitad de su arte. La otra mitad es la fantasía, abanico que va del humor a la invención poética. Fantasía vital, que no huye de la vida ni la ofende y que, inclusive en sus momentos más crueles, la transfigura. Nada más



"¿Quién se atreve a abrir uno de los cajones de los muebles de Baj?"

lejos del arte de Baj que los rastros y salas de cirugía que frecuentan tantos de nuestros contemporáneos.

En su larga exploración de las cosas que nos rodean, era casi fatal que Baj tropezase con los muebles. A mi juicio, su aparición señala un cambio decisivo en su actitud ante el objeto. Este cambio no implica abandono y repudio de lo anterior: más bien es una tentativa por penetrar más profundamente, con los recursos que son suyos, en la realidad. Hasta ahora Baj se había propuesto mostrarnos que las cosas que vemos son, además, otras cosas. Un espejo rajado, una estofa ajada, tres medallas oxidadas, dos borlas y un trozo de cortina son también un militar condecorado, una mujer de mundo, un empleado de banco, un arzobispo desenterrado y un perro de circo. De la misma manera que el poeta transforma el lugar común en una imagen, Baj utilizaba fragmentos dispares (espejos, me-

dallas, billetes de banco) para crear criaturas extrañas. En uno y en otro caso, poema o "collage", el artista nos revela lo que nos ocultan la prosa y la visión cotidiana: la pluralidad de significados de la realidad. Toda palabra, todo objeto, es lo que es y, además, es otras muchas cosas. Cuando Baj empezó a interesarse en los muebles, inmediatamente advirtió, fiel a su método metafórico, su carácter turbador: cada mueble, sin dejar de ser mueble, era un animal fantástico. Nuestras casas están pobladas por una fauna, ora grotesca ora amenazante. Pero un día, al mirar fijamente a todas esas criaturas, las vio descomponerse y volver a ser muebles. Los muebles están condenados a ser muebles. Y su carácter grotesco o amenazante no proviene tanto de que parezcan ser otra cosa como de que no pueden ser otra cosa.

¿Quién se atreve a abrir uno de los cajones de un mueble de Baj? Sabemos que no ocultan ni el nudo de serpientes ni el arma del crimen. Y sin embargo... Y esto es, precisamente, lo que les da su extrañeza radical, lo que los aísla del resto de los objetos: están instalados en su realidad, anegados en su ser. No hay más allá metafórico: son lo que son, significan lo que son. ¿Significan realmente? Son un límite, uno de los límites de la razón: han dejado de significar para ser, únicamente. Al iniciar su búsqueda, Baj se preguntó: ¿qué cosa son las cosas? Descubrir la pluralidad de significados de las cosas fue liberarnos de su presencia, aligerarnos de realidad; pero descubrir que las cosas devoran al significado, que están más allá de todo sentido, es un misterio bastante más insondable. Los muebles de Baj no nos reflejan, no son metáforas, ni símbolos ni ideas. Son muebles. Ajenos, perpetuamente extraños, sin nada adentro. Exterioridad pura.

Baj nos devuelve una de las sensaciones más turbadoras y saludables: la de la identidad de las cosas consigo mismas, el asombro de ser lo que somos y nada más lo que somos. No se crea que sus "collages" nos invitan a pensar; nos dicen, si es que nos dicen algo, que basta con ver. Ninguna obra se puede reducir a las ideas del artista, por más originales o profundas que sean. No son las ideas de Baj sino su visión—en el sentido espiritual pero, asimismo, en el más inmediato de ver con los ojos—lo que lo convierte en uno de los contados artistas de la verdadera vanguardia. Uso esta palabra con cierta repugnancia porque el término se ha vuelto sinónimo de una academia internacional. En nuestros días la vanguardia no puede consistir en ir más allá que los otros sino en ver con mayor profundidad y claridad.

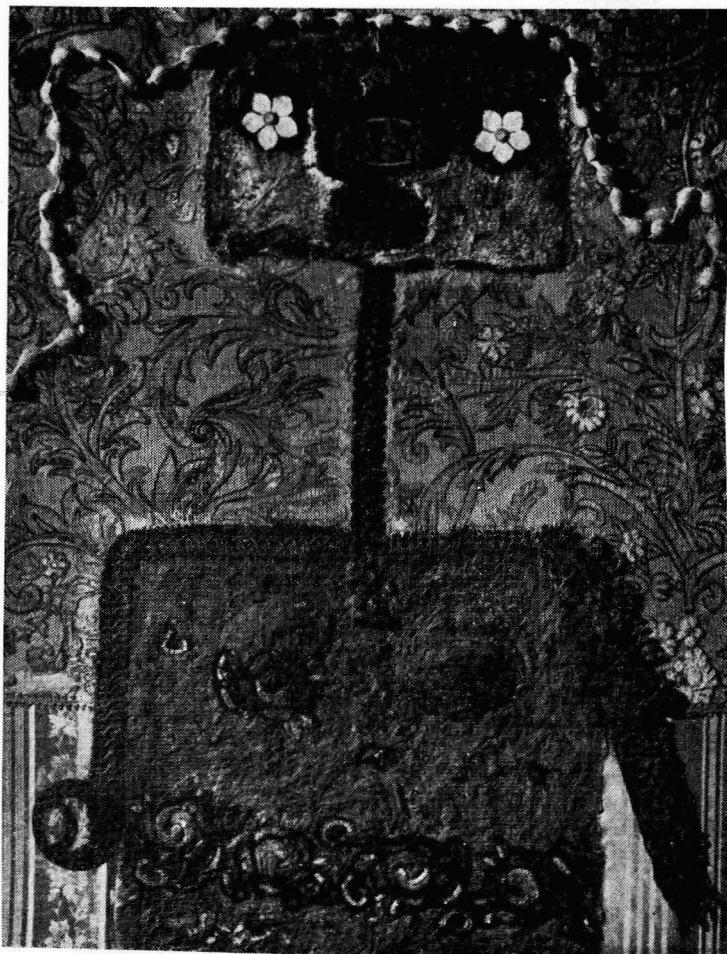
[París, octubre 9 de 1961]



"Uomo molto fiero con naso decorato": Baj



"Fragmentos dispares para crear criaturas extrañas"



"Bereince": Baj